

de la Pasión, en «vómitos de sinceridad»: impulso pánico. («¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Locura!/Veó las cosas como son realmente.»)

El primer paso importante para la difusión de su obra lo constituyó aquella antología que Félix Grande, con gusto y compenetración de amigo, realizara hace ya un tiempo, en una época en que Ory se horrorizaba —escribe— de sentirse tan desconocido<sup>2</sup>.

Posteriormente, apareció *Metanoia*<sup>3</sup>, cuyo criterio de elaboración ha sido la ordenación lineal, independiente de los grupos o ciclos en que Ory organizara su obra. El valor de esta edición reside en la datación precisa y localización de poemas dispersos que aparecieron a lo largo de treinta años en revistas o antologías. Reconstrucción de un itinerario vital. Posiblemente éste es también su defecto —además de la interpretación de Cózar, en la introducción, de la cual difiero—, pues cada libro de Ory es una palabra toda, un poema completo que recoge variantes entrecortadas de una misma sola pulsión anímica.

Después, *Energeia*<sup>4</sup>, edición preparada por el autor, que plantea a cambio otro problema: su autocrítica ha sido quizás excesiva, y se han omitido muchos poemas de sus últimos libros, que son posiblemente los mejores. La selección de sus libros *Técnica y llanto*, o *Lee sin temor*, o el inédito *Miserable ternura* de esta antología, es en mi opinión demasiado exigua, en relación a la calidad de sus versos.

Finalmente, la aparición de *La flauta prohibida*<sup>5</sup>, creo puede considerarse la consagración definitiva de este autor, y uno de los más vibrantes y valiosos libros de poemas que han aparecido en el yermo panorama de nuestra literatura.

## Magnífico dolor

La poesía de Ory nace siempre de una experiencia personal. Siempre el yo del poeta ostenta un sentimiento, un rasgo de fuerza, de decepción, amargura, ironía, rabia, burla o risa.

Constituye la logomaquia de una poesía-diario. De hecho, los fragmentos publicados de su *Diario*, parecen continuarse en los acontecimientos vitales de sus versos<sup>6</sup>.

<sup>2</sup> Poesía (1945-69). Edición de Félix Grande. Edhasa. Barcelona, 1970. Esta edición es fundamental para el estudio de Ory.

<sup>3</sup> Metanoia. Edición de Rafael de Cózar. Cátedra Ed. Madrid, 1978.

Aunque en muchos aspectos es una obra valiosa, que surge además del conocimiento exhaustivo del tema, rastreo de textos, y conversaciones con el autor, este libro está precedido de un estudio de R. de Cózar, que, aunque interesante, creo puede falsear la imagen de Ory, al tratar de aproximar excesivamente su poesía a Oriente. La cultura oriental, que en efecto aparece en diversos poemas últimos de Ory, creo está en las antípodas de su concepción personalista y vitalista, que repudiaría a buen seguro la anulación del yo. Se trata, por tanto, de un aspecto episódico que Cózar hipertrofia un tanto, aun cuando su estudio resulta clarificador en otros aspectos. (Cito esta obra por (M).)

<sup>4</sup> Energeia (Poesía 1940-77). Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1978. (Cito esta obra por (EN).)

<sup>5</sup> La flauta prohibida. Col. «Guernica», 22. Ed. Zero Zyx. Madrid, 1979.

Posiblemente el mejor libro de Ory, aunque contiene poemas que ya se recogían en (M). En este trabajo no se contienen citas de esta obra porque no significa una variante importante dentro de las coordenadas básicas de su temario poético. (Con excepción de los matices políticos, más claros y evidentes en esta obra.)

<sup>6</sup> Diario I. Ocnos. Barcelona, 1975.

Configurado como un personaje literario, los avatares afectivos del autor, se siguen sin dificultad entre las líneas. Esto le confiere gran parte de su vitalidad dionisiaca, de su pasionalismo fogoso.

Detrás, se patentiza el yo de un «ser puro, ser entrañable puro», que es el hombre cabal soñado por el poeta, el diseño ideal y vivo de la propia persona. Hombre con los nervios a flor de piel, sublime grandeza de un luchador de cuerpo débil —poesía ojerosa, demacrada, poesía de piel blanca y venas azules— y fortaleza de sentimientos, debatiéndose constante consigo mismo.

En el autobiografismo poético de un diario que no es sentimental —cansino y enrarecido— sino expresionista —agresivo y tierno—, se refleja con patetismo e ironía heridas sobre una piel desprevenida: el vagabundeo afectivo de un poeta-clochard, los altibajos vitales de un vagabundo errante («poesía verdadera eres errante»). Poesía tan desigual como los días, en versos peculiares, que, sobre todo en *La flauta prohibida*, alcanzan una tensa emoción.

La experiencia fundamental de que parte puede ser el dolor («toda gran poesía/es fruto del sufrimiento»). Pero no una poesía blanda y quejumbrosa. Es un dolor magnífico, nietzscheano, el suyo («he dicho en voz sola cosas altas de dolor»), lamento irónico y orgulloso («sufrir, es decir, ser digno»). Tristeza que detesta la melancolía. Pureza íntegra de espíritu.

Este es su gran tema («el dolor es la única fuente») que confiere a su obra una ternura próxima a Vallejo («mi gemelo lobo»). Dolor diabólico, ácido en el centro del pecho. («Empezaré a ser perfecto, puede, cuando comience a escribir sangre», escribe en su *Diario*.) Dolor en soledad («Honda tristeza, soledad inmensa, furia»). Dolor de soledad («no te ha querido nadie, era todo un sueño»).

Es el tema del hombre insatisfecho con la vida ridícula. Exilado interior («No soy de este mundo») que desprecia todo lo que los hombres persiguen. Es la actitud del marginal, del vagabundo que lo ha perdido todo, y disfruta de su desprendimiento, libre de otro compromiso que la vida.

El mundo sensual y vital, lo pone en el lugar más alto. Su único fin es quemarse en la experiencia, en el «cansancio del placer» («camina y que el cansancio te llene de plumas»).

Los fragmentos del *Diario*, que corresponden al año 1953, recogen las impresiones angustiosas de una crisis espiritual intensa. La decisión del exilio, y de matarse con la vida. «Soy de los que luchan» (D,203). El momento en que escribe: «Hace muchos años que sé que soy de la raza de los errantes» (ib.; cfr. tb. D,281)<sup>7</sup>.

Desde las páginas del *Diario*, fechadas en 1952 («... ¡Existir! ¡Oh palabra tremenda!, p. 164), hasta los poemas fechados en Amiens en 1972 (M,286), hay esta constante exaltación del tema.

A través de él, la preocupación central: el hombre:

Vestido de transeúnte hermanos míos  
no veis mi carne sino a ratos cuando

<sup>7</sup> Cfr. tb. (D,164; D,170; D,178; D,202; EN,183).

os doy la mano os doy la cara os dejo  
mi limitada cantidad de habla  
sobre el único tema el hombre a secas  
(...).

(EN,132; Madrid, 1952)

Dolor que se yergue potente en grito:

(...)  
Y sin embargo quiero gritar  
viva la miel  
del odio en que me encuentro empalagado.  
Viva el maltrecho amor viva mi traje  
de dos ojos dos pies y el débil hilo  
de la vida con mangas de cansancio.

(EN,132)

Dolor de la desolación:

Nadie viena nadie viene nadie viene.  
He dicho en voz sola cosas altas de dolor  
donde hablaba de bajar en la noche a besar barcos  
y me encuentro en una negra habitación de silencio  
comprendiendo lo ridículo que es pensar en el sol.  
Otros como yo mismo sufren heridas de daños  
y fuman cigarrillos y resisten sin dormir.  
(...).

(EN,189)

El tono de esta desolación abismante adquiere con el tiempo en la poesía de Ory un rasgo más potente de rabia, de ira apenas contenida, que aboca a la irónica mordacidad de algunos poemas de *La flauta prohibida*.

En todo caso, el sentimiento del dolor se acusa como una necesidad del hombre en su lucha, en el decurso vital, y debe aceptarse con la cabeza erguida, y como fuente de energía.

Ory nos entrega así un poema rebelde, inconformista, vital y tierno, disperso en los diferentes registros de una misma voz que late en su adentro. Lamento viril e irónico, humano y agrio. Magnánima protesta de luchador.

Declara: «Yo el poeta de ojos sexuales/nihilista nato jefe de la ternura.»(M,224).

El dolor como bandera de rebeldía, que aboca al amor:

Llantos despavoridos  
Que el dolor sea un prelude del dolor  
Que el dolor y el llorar sean un prelude del coito  
(...).

(EN,120)